

GANADOR AUTONÓMICO



ANDALUCÍA

Oliver Cuevas – IES Fuengirola Nº 1

DESDE QUE OCURRIÓ AQUELLO NO PODÍA ESTARME QUIETO

Estaba tumbado en el sofá, solo, un día de verano. Hacía calor y tenía el ventilador delante dando vueltas a toda velocidad.

Aburrido, decidí llamar a unos amigos para hacer algo con ellos. Así que llamé a Fernando, pero no lo cogía. Después llamé a Marcos, pero no lo cogía. Llamé a Sergio, pero no lo cogía. Extrañado, pité a mis amigos, pero tampoco respondieron.

Volví a casa, pero al llegar vi una carta en mi buzón. La abrí. No tenía nombre.

Empecé a leer, y lo primero que sentí fue misterio; seguí mi lectura y, a medida que iba avanzando, el misterio se convirtió en asombro, que iba a mayor, y ese asombro se convirtió en miedo, ya que leí en la carta que mis amigos habían sido secuestrados por un señor muy extraño, que se dedicaba a torturar a sus rehenes obligándolos a hacer ejercicio durante horas y horas sin parar, y que decía que para soltar a mis amigos de tan horrible tortura debía adelgazar al menos cinco kilos en un mes, ya que estaba obeso y tenía como meta eliminar la obesidad infantil y, para ello, secuestraba a niños o a sus amigos para obligarles a adelgazar (una forma un poco rara) y, en este caso, yo fui la víctima.

Desde que ocurrió aquello no podía estarme quieto; tenía que ir al gimnasio todos los días, correr, nadar, hacer dieta... Vamos, un auténtico calvario. Se acercaba la fecha límite, el 29 de agosto, y, a medida que pasaban los días, aunque subiese la tensión, bajaba de peso: 65 kilos, 64 kilos, 63'5 kilos...

Una semana antes del día límite me llegó otra carta del extraño secuestrador, obviamente anónima; la carta rezaba:

“Niño,

Preséntate en el gimnasio Fitness Lipo el 29 de este mes a las 12 de la mañana,

Hasta pronto”

Su letra me resultaba un poco familiar, pero a lo mejor era sólo una casualidad.

El 27 del mes de agosto ya pesaba 60'5 kilos, pero no era suficiente, necesitaba perder medio kilo más para llegar al objetivo fijado por el extraño señor.

Esos dos días solo me alimenté de barritas energéticas, hacía ejercicio seis horas diarias y dormía 10 horas, hasta que llegó el día.

Tenía la puerta del gimnasio delante de mí y, con miedo, me metí dentro. Lo primero que vi fue una recepción vacía y, al fondo, a un señor muy bajo con una capucha negra que tapaba su cara. Me señaló con el índice derecho y me dijo con una voz muy seria:

– Niño, ven aquí.

Asustado, me acerqué a él, y dijo:

– Chaval, tus amigos están en la sala de tonificación haciendo pesas, pero, para que salgan de ahí, hemos de ver tu peso, a ver si has logrado adelgazar lo suficiente.

Decidido, le enseñé mi peso anterior y, a continuación, me subí a la báscula y, poco a poco, el ticket con mi peso impreso salía de la ranura que tenía la máquina y... ¡Pesaba 59,999 kilos!

El extraño hombre, con una pequeña sonrisa que no podía divisar a través de la capucha, dijo:

– Lo lograste alumno.

Se quitó la capucha y mi cara de asombro era más que evidente: ¡Era mi profe de Educación Física!

Y, a través de una puerta del fondo, salieron mis amigos riéndose a carcajadas.

Yo, asombrado, pregunté:

– ¿Qué es esto?

Mi profesor (y tutor a la vez, por cierto), me dijo:

– Era todo un plan para que adelgazases de una vez. Te digo siempre que hagas ejercicio, pero pasas de mí, ¡así que he hecho esto!

Conmocionado y enfadado también, me fui corriendo, pensando que todo lo que hice no sirvió de nada. Pero a día de hoy, con casi 14 años, le estoy muy agradecido por ello, ya que ahora mi vida es mejor y es más fácil.